

SEGOVIA Y LA VOCACIÓN MARINERA DE TIERRA ADENTRO

Juan Antonio MARRERO CABRERA
De la Asamblea Amistosa Literaria



ESULTA curioso encontrar una relación entre Segovia, que es tierra adentro, con el mar, pero la hay, y mayor de lo que pudiera parecer. Y no sólo por lo que decía Unamuno de los vascos que enseñaban castellano en Castilla, que les pertenecía por «derecho de conquista», sino que los marinos que han salido de tierra adentro, como los segovianos, han tenido una vocación más difícil que los procedentes de ciudades costeras, hijos y vecinos de marinos.

Incluso en el caso de Segovia, con su magnífico historial del Real Colegio de Artillería, parecería más lógico que sus vocaciones militares lo fueron de artilleros o, cuando menos, de gentes de tierra.

Sin embargo, sabemos que el primer almirante de Castilla, al menos *de facto*, fue el burgalés Ramón Bonifaz, comisionado por Fernando III *el Santo* en el invierno de 1246 para preparar y mandar la escuadra con la que rompió el puente de barcas que defendía la Torre del Oro y decidió la conquista de Sevilla.

De lo que también hay documentación fehaciente es del nombramiento de Rey López de Mendoza como primer almirante mayor de la Mar.

En 1405, como explica el profesor de la Complutense Pérez Bustamante, el rey Enrique III (*el Doliente*) decidió otorgar el Almirantazgo al linaje de los Enríquez. Y, por fin, en 1416, el oficio de almirante pasa a Fadrique Enríquez «quien lograba, además, en 1421 el Señorío de la Villa de Medina de Rioseco. Desde entonces, y en los trescientos años siguientes (hasta Felipe V que la extinguió) en que los Enríquez ejercerían la dignidad de Almirantes de Castilla. Desde entonces, la localidad vallisoletana de Medina de Rioseco quedaba ligada al almirantazgo, por lo cual al recibir en el siglo XVII el título de Ciudad, pasó a ser denominada y conocida por el vulgo como la Ciudad de los Almirantes».

Por eso no nos debe extrañar que, a lo largo de los siglos, numerosos segovianos se enrolaran en los barcos y flotas de la Armada, participando en numerosas acciones. De sus nombres hay constancia en los archivos, y especialmente en el que tan eficazmente dirigiera en el palacio don Álvaro de Bazán (precisamente instalado en medio de La Mancha, nada menos que en el Viso del Marqués, Ciudad Real), como por ejemplo de otro sabio marino, el almirante Guillén Tato.



Don Julio Guillén Tato.

En la carabela *Santa María*, acompañando a Colón, encontramos a Rodrigo Sánchez de Segovia, veedor de la expedición y representante de los Reyes Católicos. Y cuando Colón dice: «Veo una luz. Es una luz» (refiriéndose a lo que podía ser el milagro de haber llegado a cualquier costa), Rodrigo Sánchez de Segovia, hombre adusto, cenceño y poco amigo de novedades, como buen inventor, contesta: «Yo no veo nada». Colón insiste emocionado. «Que sí, mira, mira». Pero el segoviano, en un claro precedente de la actitud de todos los compañeros de profesión que le han sucedido, ha dicho que no y es que no. «Nada, que no veo nada», vuelve a contestar.

(Incluso diríase que un tanto incómodo por tanta insistencia).

Y eso que había una magnífica recompensa en oro que, en realidad, correspondió a un avisadísimo lepero, Rodrigo de Triana, que fue el primero en descubrir la costa al día siguiente y lanzar el grito de «¡Tierra!». Y aquí se da un caso curioso de lo que son la cicatería y la mezquindad humanas. Colón, que ya es gran almirante, adelantado, y que ha cumplido su increíble destino y coronado sus sueños, le negó unos ducados de oro a uno de sus mejores colaboradores. Y como dice que ha sido él, el almirante, y no otro el primero en ver tierra, por aquellas luces que no supo distinguir el segoviano, don Cristóbal se apropió de la sustanciosa gratificación. No es extraño que Rodrigo de Triana, a su regreso, abjurase del catolicismo y, totalmente despechado, se fuera al norte de África para hacerse mahometano.

Por cierto que uno de los marineros que se quedarían en el fuerte de la Navidad, al regreso del primer viaje de Colón, sería Gonzalo Fernández, un segoviano que figuraba como tal en las listas de embarque.

Más tarde, hacia 1596, con motivo del saqueo de Cádiz por la flota inglesa, nos cuenta el cronista segoviano Colmenares: «... el rey (Felipe II) despachó capitanes y gente que espeliesen el enemigo, mandando hacer levas de gente contra Inglaterra. Ésta flota se llamaría la Armada del Océano, al mando de don Martín de Padilla, Conde de Buendía y Santa Gadea y Adelantado Mayor de Castilla, y levaría anclas desde Lisboa a mediados de octubre de 1597» (1).

(1) FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *Armada española*. Volumen III.

En el manuscrito que se conserva en la segoviana ermita de la Fuencisla (2) se relatan los hechos que a continuación resumimos:

En Lisboa se aprestaba una flota de 100 naves contra Inglaterra. En realidad iban a desembarcar en Irlanda, una isla más afín con el imperio español, tanto por ser católicos como por su rivalidad con los ingleses.

El 8 de julio de 1596 «llegó a nuestra ciudad (Segovia) don Manuel de Zuazo, caballero del hábito de Santiago, y segoviano ilustre, que a veintidós del mismo mes, habiendo el obispo bendecido la bandera de la iglesia catedral, donde el capitán había sido prior y canónigo, partió con cuatrocientos y veinte y dos soldados de la gente más adelantada y lúcida de la ciudad...» (3). Se los lleva a Lisboa y llena un barco con ellos. Curiosamente, un día antes de levar anclas, hay un segoviano que tiene un duelo con un portugués, le mata y le encierran en la nave capitana. Manuel Zuazo responde por su paisano y consigue que el jefe de la flota le permita conducir al segoviano a su barco.

En fin, el caso es que, como relata el célebre proceso judicial en forma de manuscrito que se conserva en la Fuencisla como prueba del milagro, la Armada española, una vez pasada la altura de Finisterre, se vio envuelta en una tempestad tan terrible que desaparecieron la mitad de los barcos con sus respectivas tripulaciones y gentes de guerra (más de 50 barcos y 4.000 personas).

Pero el barco del segoviano resiste varios días al temporal, con olas gigantes que barrían la cubierta. Y todos clamando: «¡Nuestra Señora de la Fuencisla, sálvanos, sálvanos!». Y el capellán Alonso de las Eras y el hermano Alonso Menéndez, del hábito de San Juan de Dios, confesando con un «christo» en la mano, a soldados como Juan Moreno y el aposentador Bernabé del Campo, que luego declararían en el proceso, y que pedían a su patrona que les amparase y valiese.

Y la virgen de la Fuencisla «fue servida», porque el temporal se amansa y se salvan todos. Incluso un caballero de Segovia, Juan del Portillo Vivero, que por haber matado a un portugués en duelo estaba preso en la nave capitana. El capitán Martín Zuazo le reclamó a la suya, respondiendo de él, para que estuviera con sus paisanos, y así salvó su vida porque la capitana se hundió pereciendo todos los que en ella estaban.

Y por si el número de víctimas no fuera dato suficiente, en las declaraciones se hace constar que se perdieron de tal forma en alta mar (tal y como lo recoge el manuscrito de la Fuencisla) que no «supieron si/estaban en tierra de moros ni de christianos, ni lo pudieron saber asta más de dos meses, que apor-

(2) El manuscrito tiene forma de proceso judicial en el que una serie de testigos relatan ante un notario y un juez lo que conocen de ciertos milagros hechos por la virgen de la Fuencisla.

(3) *Historia de Segovia II*, cap. XLVI. Segovia, Academia de Historia y Arte de San Quirce, 1970, pág. 350.

taron/al Ferrol o a Finisterre en Galicia. Y el dicho/Juan de Portillo junto con su capitán dijeron: “¡Segovianos, demos/todos nuestra limosna para la Madre de Dios de la/Fuencisla, pues que ella nos ha liberado”. Y assi todos die-/ron su limosna y se recogieron seisçientos u ocho-/çientos reales, que trajo a esta santa casa el dicho don Manuel Zuazo, y quisiera con ellos comprar tafe-/tanés para açer colgaduras y tomó la medida de las/paredes; más después, viendo que la casa se avía/de açer de nuevo, acordó dallo para la obra de ella».

Pero es que, además de la curiosísima tradición española que mantiene una peculiar vocación marinera entre las gentes de «tierra adentro», en el incomparable paraje segoviano de La Granja, por su especial condición del Real Sitio, se dio una relación náutica muy particular. Como centro de decisiones de la Corte española, allí se firmaron tratados, se celebraron alianzas y se realizaron todas las gestiones pertinentes a la gobernación del reino por los sucesivos ministros de jornada.

Desde comienzos del siglo XVIII, en que se edificara el magnífico palacio, los reyes de España, inteligentemente, pasan siempre la temporada de verano en el Real Sitio de La Granja de San Ildefonso. Como es lógico, la Corte viene con ellos, y entre otras secretarías de Estado, la de Marina, con figuras como Patiño, el marqués de la Ensenada, Campillo, etc., lo que da lugar, también, a importantes disposiciones, capitulaciones y órdenes, como por ejemplo «La guerra de Francia», «La guerra a la Armada de Inglaterra» o «La guerra al Zar Alejandro», etcétera.



Por su parte, lo más granado de la Marina se acerca a La Granja para dar cuenta a los reyes de sus actos: Jorge Juan, Gómez de Ulloa, Antonio Valdés, Gravina, etcétera.

En los archivos de Marina, como en el ya mencionado del Viso del Marqués, figuran cientos y cientos de memoriales solicitando ascensos, aumentos de pagas, etcétera, todos fechados en San Ildefonso.

En el siglo XVIII, quizá el más importante de nuestra historia (el siglo de Felipe V y Carlos III), Patiño funda la Real Compañía de Guardiamarinas (1717). Para serlo, no había, como ahora, que superar los exámenes con un sobresaliente. Había que ser noble y por los cuatro costados. Allí ingresan algunos segovianos, pocos pero buenos, entre ellos, en 1740, lo hace Joaquín de Burueta y Arellano, que nació en La Granja en 1726. Fue hijo de Juan de Burueta, secretario del rey y veedor de los Reales Sitios de San Ildefonso y Valsaín.

Precisamente, el fundador de esta Real Compañía de Guardiamarinas, José Patiño (4), ministro de Marina, de Hacienda e Indias de Felipe V y fundador del Cuerpo de Intendencia de la Armada, falleció en La Granja con motivo de estar la Corte de jornada en San Ildefonso el 3 de noviembre de 1736.

Allí permaneció hasta el día 5 del mismo mes, en que fue trasladado su cuerpo desde este Real Sitio al Colegio de la Compañía del Noviciado de la imperial villa de Madrid, donde fue depositado (5).

En La Granja se tomaron toda clase de decisiones políticas que afectaron al imperio español, que desde aquí se gobernaba, ya próximo a desmembrarse.

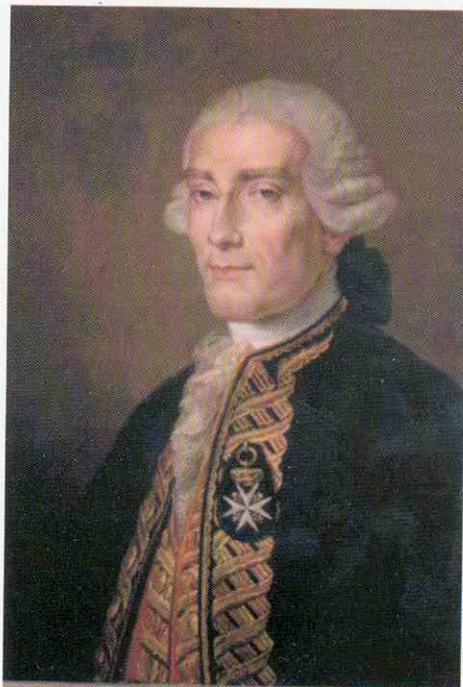
Por ejemplo, entre 1735 y 1744, en San Ildefonso se fijaban los límites del mundo y allá, hasta el ecuador, acudía la Armada española, representada por su más ilustre marino y científico, Jorge Juan y Santacilia, conocido como *el sabio español*. Un hombre con gran visión de futuro que, en 1755, siendo capitán de navío y jefe militar de la Real Compañía de Guardiamarinas, insti-



(4) «...dio vigor y respeto a la monarquía, mejoró la real Hacienda, formó la Marina, favoreció el Ejército, cuidó de las Américas e hizo oír la voz del Rey de España en los gabinetes extranjeros...». (Coxe, *Memoirs of the Kings of Spain of the house of Bourbon*. Londres, 1815).

(5) «Eran inmensos sus conocimientos en todas las ramas de la administración pública, a la cual agregaba una claridad extraordinaria y la mayor facilidad para el despacho de los negocios públicos.

Además, era singularmente diestro en cuanto emprendía, astuto y dulce a su tiempo, y reunía la firmeza de alma al carácter de los españoles.» (Coxe. *Op. cit.*).



Jorge Juan y Santacilia.

tuyó, en su casa de Cádiz, la Asamblea Amistosa Literaria: una reunión de intelectuales y estudiosos que acudirían, durante varios años, todos los jueves para discutir cuestiones de matemáticas, física, geografía, higiene, historia y antigüedades, en vía de ensayo para la Academia de Ciencias que se fundó, posteriormente, en Madrid.

Y ya que hablamos del más célebre capitán de la Real Compañía de Guardiamarinas, el sabio Jorge Juan, recordaremos que de los primeros guardiamarinas que ingresan uno es de Ayllón y otro de Riaza.

El de Ayllón fue Pablo Meléndez Ayones y Reinoso, hijo de oficial de Mar Félix Meléndez, nacido en 1702, que ingresó en 1718 con 16 años y permaneció en la Armada durante cinco años más, hasta 1723.

Hacia las mismas fechas ingresa también Francisco Sanz Merino y de la Flor, nacido en Riaza en 1723. Este

muere trágicamente en Segovia, a los tres años de ingresar, no se sabe por qué circunstancia.

En 1753, aparece una figura que luego tendría gran importancia en la historia de España. Se trata de Miguel de Torres y Ruiz de Rivera, que nació en Segovia en 1738.

Era hijo del teniente general de la Armada Rodrigo de Torres, primer marqués de Matallana y secretario de Estado. El segoviano, a su vez, sería el segundo marqués de Matallana y comendador de la Orden de Calatrava en Fuente del Moral.

Abandonó la Marina para dedicarse al cuerpo diplomático como embajador en Parma. Se casó con Fernanda Canoch, camarera de la reina, y muy pronto se vio mezclado en las intrigas cortesanas, llegando a intervenir en la conjura de Malaspina. Su nombre aparece en los papeles de Malaspina, la reina María Luisa (mujer de Carlos IV) guardaba en un cajón de su gaveta, contra Godoy. El favorito se entera por la declaración de otra camarista y trata de sonsacar a la marquesa de Matallana. Fernanda se niega, pero, al final, aparecen los papeles y se descubre toda la trama. Malaspina acaba preso en el castillo de San Antonio y luego desterrado a Italia. A la marquesa de Matalla-

na, de momento, la ingresan en Madrid en el Colegio Monterrey, las damas nobles venidas a menos. Más tarde, Godoy adopta una refinada venganza: como el marqués está de embajador en Venecia, la envía desterrada a Italia con la condición de no estar nunca en el mismo sitio que su marido, con lo que nuestro buen segoviano, que estaba muy enamorado, sufrió muchísimo.

Aparte de los segovianos que se hicieron hombres de mar, por Segovia pasaron muchos marinos que incluso dependían de esta histórica capital de la vieja Castilla.

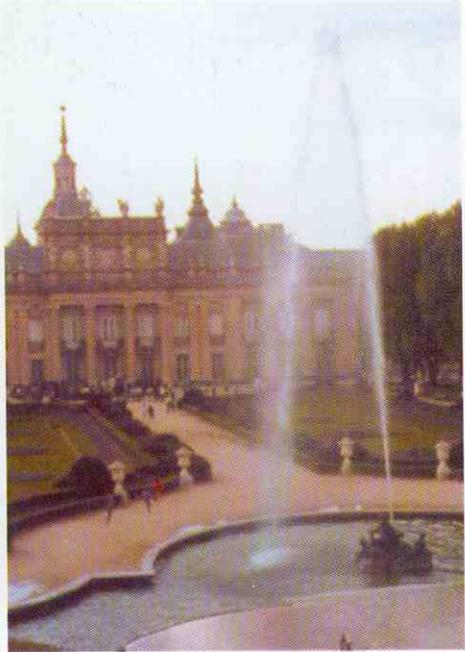
En el caso del célebre Tofiño que, andando el tiempo, sustituiría a Jorge Juan como director del Real Observatorio de Marina. Pertenece al Cuerpo de Artillería y fue destinado a Segovia. Aquí se hace amigo del conde de Mansilla, que le facilita el acceso a su magnífica biblioteca. También

conoce en Segovia al padre Isla, precisamente aquel denostador de Sepúlveda que decía que la ciudad de las Siete Puertas era «el paraíso del idiotismo», a lo que —en opinión del cronista Antonio Linage— comentaba Pereira que, por lo menos, «siempre decía que era el Paraíso». Finalmente, a los dos o tres años, Jorge Juan capta a Tofiño para la Armada, donde ingresa en Cádiz.

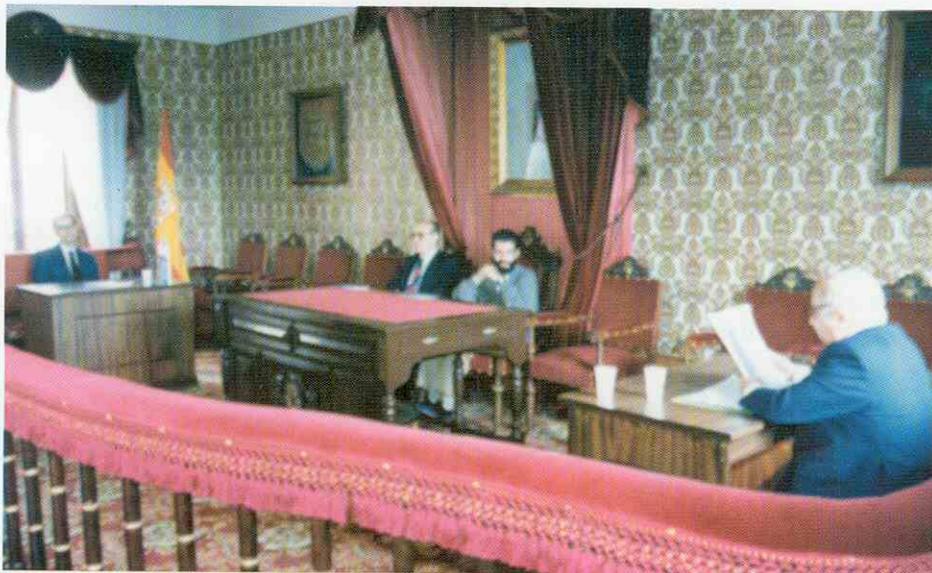
Otro que estaba en Segovia por entonces (1764) era Cipriano Vimercati. Venía de Italia y, como era un gran matemático, le nombraron profesor del Real Colegio de Artillería. Más adelante le enviaron a Ferrol con el cargo de teniente de navío, para ser posteriormente director de las tres compañías de guardiamarinas de España: Cádiz, Ferrol y Cartagena. Curiosamente este hombre, que enviudó y decidió dejar la Marina para hacerse sacerdote, llegaría a alcanzar la dignidad de canónigo en Santiago de Compostela.

Otro que ingresó en el Real Colegio de Artillería de Segovia, en 1782, fue J. B. Arriaza, que en 1788 pasó a la Armada. Fue un poeta excelente, amigo de Fernández de Navarrete y de Vargas Ponce que, al final, por problemas de vista, tuvo que dejar la Marina y acabar como diplomático.

Según Cesáreo Fernández Duro en sus *Disquisiciones Náuticas* (de 1864), otro marino ilustre que murió en tierras segovianas y al que como tal se debía dedicar algún trabajo de investigaciones fue Francisco Fernández de la Cueva,



Real Sitio de San Ildefonso.



El general Juan Guerra lee su discurso de ingreso en la Asamblea, en el salón de actos del ayuntamiento de Sepúlveda; contesta Antonio Linage.

duque de Alburquerque, que recibió sepultura en el Convento de San Francisco de Cuéllar.

¿Qué importancia tiene Segovia en relación con el mar? Muy sencillo. Los monarcas, y sobre todo los Reyes Católicos y Carlos I, iban por Segovia, con su corte, con todo el bagaje administrativo, que les acompañaba.

Por ejemplo, en Segovia se dan decretos como el del 27 de septiembre de 1503: «Capitulación con Juan Vizcaíno para descubrir con sus navíos en el Golfo de Urabá». O el de 1 de junio de 1505: «Real Cédula mandando armar “fustas” en Sevilla para guardar el Estrecho contra corsarios moros». O el nombramiento de 1506, en Segovia, dando el título de conde de Oliveto al famoso Pedro Navarro, azote de los piratas moriscos.

Segovia, además de con sus hombres, contribuyó también con sus géneros: sus paños no sólo se marchaban en galeones y navíos a abastecer a América, sino que surten a los tres grandes arsenales navales, que al mismo tiempo se abastecen de los cristales de la Real Fábrica de San Ildefonso y de los rectos y sólidos pinos de Valsaín, especialmente aptos para los mástiles y arboladuras de la navegación a vela.

El secretario general de la Asamblea Amistosa Literaria, Jorge Juan Guillén, nos informa de algunos marinos segovianos más recientes, como el padre Cuesta, capellán de la Armada, que ahora está retirado, y un ilustre sepulvedano, el capitán de navío Luis María Ceballos y Sáenz de Cenzano,

figura muy querida en la Armada. Fue un hombre de cultura enciclopédica sobre todo en lo tocante a la literatura y barcos. Persona de gran corazón y prestigioso oficial de submarinos a quien la Asamblea Amistosa Literaria tiene la intención de recordar en su día colocando una placa conmemorativa en su casa de Sepúlveda.

Acontecimiento que esperamos dé lugar, junto con una nueva serie de estudios y trabajos segovianos, a otra Asamblea por lo menos tan memorable como aquella que se realizó en 1996 recuperando la línea narrativa de una historia como la nuestra, que supone, ante todo, relación, esto es, saber contar e interpretar lo que sucedió en el pasado.

Una Asamblea en la que participó, personalmente, otro marino segoviano de Escalona del Prado, el general de división de la Sanidad Militar y director de Sanidad de la Armada Alejandro Domingo Gutiérrez, como homenaje al que fue un joven médico de la Armada, Antonio García de Tapia, de Ayllón, que con los años sería una de las grandes figuras de la medicina universal.

Y como broche de oro para esta relación de marinos ilustres y de la vocación marinera de esta tierra, ¿quién mejor que Don Juan de Borbón?, la más importante figura histórica nacida en Segovia, en el palacio del Real Sitio de San Ildefonso, y siempre orgulloso de ser oriundo de La Granja.

El padre de nuestro actual monarca, Don Juan Carlos I, sintió siempre el mar en sus venas y supo transmitir esta pasión a su descendencia que, año tras año, demuestra su pericia en las más importantes competiciones náuticas.

A su vez, el heredero de don Alfonso XIII supo mantener, casi tan arraigada como su inquebrantable lealtad a la Corona, su dedicación a la Armada española, en la que se mantuvo ejemplarmente en el escalafón, hasta alcanzar el grado supremo del Almirantazgo. Incluso en sus últimos momentos quiso mantener junto a él la bandera que siempre le acompañó en su yate *Giralda*.

Sirvan como despedida a este tema tan marinero unas líneas del excelente libro *Crónica del Viaje* (a las Indias con Cristóbal Colón) de otro ilustre asambleista, Joaquín Valverde Sepúlveda:

«A la caída de la tarde, cuando las sombras empiezan a llenarlo todo, nunca falta un grumete que recite:

Buena es la que se va,
mejor es la que viene.
Siete es pasada y ocho muele.
Más molerá si Dios quiere.
Cuenta y pasa que buen viaje faza.
¡Ah! De proa, alerta y buena guardia.

Y otro que entone:

Bendita sea la hora.
En que Dios nació,
Santa María que lo parió.
Y San Juan que lo bautizó.»